

Poesía eucarística moderna

POR

ANDRES SOBEJANO

*Bibliotecario de la Universidad y
Profesor Adjunto de Literatura en la Facultad de Letras*

Que en nuestra poesía nacional, desde sus balbuces hasta nuestros días, y especialmente en el Siglo de Oro, en alas de los vientos contrarreformistas castellanos, se cantaran y celebraran, dentro de todos los géneros, desde el lírico al dramático, las excelsitudes del augusto Misterio Sacramental de la Divina Eucaristía, es cosa bien notoria y comprobada por cuantos se asomen a las páginas de nuestras Antologías. Fué siempre aquél un tema entrañablemente vinculado a la inspiración de los más altos ingenios españoles, cuyos relevantes nombres (Padilla, Fr. Luis de León, Lope, Góngora, Quevedo, Tirso, Calderón y tantos epígonos) andan siempre en nuestra memoria. Recordemos además que ha sido precisamente nuestro Parnaso patrio el crisol y escenario privativo de los Autos Sacramentales, aquilatadas joyas hispánicas.

Modernamente, después de algún sonoro y profundo acento aislado, entre los vates del XIX, como el famoso soneto de nuestro Selgas a la Sagrada Eucaristía («¿Qué misterio de amor reside en Tí?... ctr.») un rebrote lozano en lo que va de siglo y en la literatura hodierna, antes de nuestra guerra (Oda de García Lorca), y de la postliberación, ha despertado nuevamente la exaltación poética de tan vital dogma católico, en cuya rendida alabanza se han pulido las péñolas de muchos sutiles bardos actuales seculares, prescindiendo de los eclesiásticos eminentes y obligados, laureados los más de aquellos en las justas literarias del Corpus Christi en Cádiz (Vivancos, Rosales, García Nieto, Pemán, Lope Mateo y otros varios).



Pero es mucho más singular que, en la Francia vecina y agitada, donde la huella hugonote, el resabio jansenista y los aquilones de la Revolución sofocaron en las lirás de sus magníficos poetas las notas claras y agudas de la fe y de la religión positiva, ya en la corriente finisecular y en las primeras décadas de este siglo, entre los fragores y secuencias de la primera gran conflagración europea (que, después, dejara ecos, ya no es extraño), se pudiese oír el vibrante «Pange lingua» de alguna voz egregia y ortodoxa. Y es el original y borbollante Paúl CLAUDEL, el converso pascual de Nôtre Dame, el provento y sagaz diplomático, poeta «que llena de su verdad mística el simbolismo moderno», en frase de André Rousseaux, quien incluyó en su curioso libro rimado y hagiográfico, más de diez veces ya editado, «*Corona benignitatis anni Dei*» (Nouvelle Revue Française, 1915), su cálido y célebre «*Hymne du Saint Sacrement*» ensartado en ricas y férvidas estancias de esos versículos suyos perifrásticos y esmaltados, de forma tan personal, y tan imitados luego instrumentalmente por muchos otros poetas de sentimiento cristiano de la generación del catorce, y posteriores.

Por esa frondosidad de múltiples registros, frenada a veces por la súbita apóstrofe o la cordial digresión; por el dramatismo que imprime a su elocución y espejea en sus asuntos, no es tarea demasiado sencilla reducir a nuestra lengua y ritmos más sintéticos, dándoles alguna precisión y sonoridad, las estrofas barrocas y rebosantes de este renombrado poeta del Aisne, afortunado autor de las Cinco grandes Odas y de «*L'Annonce fait a Marie*»; de este Claudel, cuya figura como poeta medularmente católico ha podido ser de reciente puesta en entredicho por alguna crítica mezquina, pero a quien Roma sigue considerando como uno de los más vigorosos y elegantes cantores de la verdad y las bellezas de nuestro credo; y que cobra ahora de nuevo ante nosotros relevante actualidad, al ser elegido para venir a Barcelona y mantener en el magno certamen literario con que se solemniza el XXXV Congreso Eucarístico Internacional, segundo de los desarrollados en nuestra España.

Los hermosos y bíblicos conceptos de este poema que transcribimos a continuación, sus imágenes y preclaras alegorías, su sabor religioso, sus elevadas optaciones y ecos de plegaria hacia ese «Dios de amor, como el Amor vendado» que dijo nuestro fino y clásico Maestro Josef de Valdivielso, son dignos a nuestro juicio de ser conocidos, y tienen la hondura espiritual y el hálito que les presta esa insaciable y febril apetencia cervical de los divinos remansos, que en ellos palpita.

«Himno del Santísimo Sacramento»

de PAUL CLAUDEL

Las seis largas jornadas de la siega acabaron:
Los almiares y el grano se extienden por las eras.
Mañana es ya el día séptimo, y en tropeles vendrán,
ávidos de la fiesta, los recios trilladóres,
a Belén, la «Casa del pan».

Booz el rico esta noche quedó solo en el campo (1)
bajo el cielo estrellado: Es de Dios temeroso
y prudente. ¡Dichoso el varón ejemplar
que a los pobres atiende (2), y cuyos criados dejan
espigas para la hija de Moab.

Mientras él vela en medio de su pingüe cosecha,
mirando el plenilunio jubilar y sabático,
siente un contacto tenue, cual roce de un lebrel;
y Ruth, la espigadora, la adornada cabeza
junto a su hombro deja caer (3).

«¿Qué quieres, hija mía, de un solitario anciano
cuya barba blanquea y en años te adelanta?
Vé, y cumple el levirato, según ley de Moisés».
Y élla humilde responde: —«A la anhelada sombra
del que amo, me sentaré» (4).

-
- (1) Liber Ruth - c. II.
(2) Psalm - XI.
(3) Ruth - c. III.
(4) Cant. II - 3.



También nosotros vemos que estás solo y proscrito,
 como patriarca extraño — ¡mi Dios! — entre las gentes;
 y porque un día gustamos la miel de tu bondad,
 la cabeza en tus hombros, nuestra alma te ofrecemos
 ¡lo único que te podemos dar!

Hártanos de comer, Rico-Hombre, en tu panera:
 Recibe al peregrino por siempre en tu morada:
 Aún distamos del hambre y sed total de Vos;
 pero, que no nos falte siquiera alguna espiga
 caída de tu repleta troj.

Dános hoy nuestro tierno pan supersustancial.
 Ahitos y estragados de las viandas terrenas
 nos saturó el sabroso simbólico maná:
 Dános el verdadero Pan (5), árbol de la vida:
 Tú mismo serás mi manjar.

Booz a Obed, regia stirpe, de Ruth engendró y tuvo:
 Es a mí a quien buscando, Samaria y Salén dejas
 ¡oh pan de ángeles! trigo triturado en la cruz,
 antes que yo reciba la que os dió María,
 ¡esa carne toda salud!

Yo gusto de Tí -- ¡oh Santo! — y Tú de mí perverso;
 ¡oh igualdad del amor! ¡oh inefable palabra!
 ¡oh comunión contigo! ¡Instante de Tú en mí...!
 Diestra con que me atraes, mientras con tu otra mano
 acaricias mi frente vil.

¡Mediodía en silencio henchido de tu nombre!
 ¡Guardianes de Sión, que nadie me despierte! (6).
 ¡Fe que excede al sentido! ¡Murmullo de oración!
 ¡Oh, mi amigo, es tu nombre perfume diluído!
 «Pósate como sello en mi brazo, o un manojito
 de mirra sobre el corazón» (7).

(5) Joann. VI.

(6) Cant. IV.

(7) Cant. VIII - 6.

Un minuto en tus atrios más que mil siglos vale (8).
 Bueno es en tu presencia permanecer rendido:
 Tú me invitas, oh Verbo, que eres y eras ayer;
 y yo clamo, tendiendo mis manos temblorosas:
 «¡Hasta tu altar penetraré!» (9).

También, Señor, yo quiero compartir vuestro cáliz:
 Tú me dejarás limpio, como el lino en el agua.
 Cúmplanse tus designios y no mi voluntad.
 Yo, con tu sacerdote, en el altar mis manos
 con los puros he de lavar.

Entraré hasta tu altar, oh Dios de mi alegría
 y juventud (10); Sepárame de la maligna raza.
 ¡Feliz el elegido, a tu promesa fiel,
 que cumple, el pan y el vino alzando reverente,
 el orden de Melquisedec! (11).

¡Que asciendan las especies, gratas a Vos, al cielo!
 Recibe, oh Venerable, del Cordero inmolado
 la sangre que conmueva tu entraña paterna;
 y-clame por nosotros, inmundos a tus ojos
 y en una miseria letal.

Acepta el sacrificio por todos ofrecido (12);
 por nosotros culpados, por nuestros caros prójimos,
 padres, hijos, esposa, cuantos en mi redor
 alientan y conviven, y aquellos que murieron
 y purgan en lago de dolor.

¡Oh piadoso pelícano (13) ante nosotros muerto!
 al que llorosos ángeles patena y vaso aportan:
 Muestra el costado abierto, como a aquél centurión,
 para que en él entremos y haga con vuestra hipóstasis
 nuestra naturaleza su unión.

(8) Psalm. LXXXII.

(9) Psalm. XLII.

(10) Psalm. XLII.

(11) Psalm. XLII.

(12) Liturgia de la Misa (ofertorio).

(13) Rythmus Sti. Thoma Aquinatis.

En Vos toda criatura sus perfecciones colma.
 El humano trabajo que sembrara estos frutos.
 se hizo pan de los fuertes, racimo embriagador:
 Y ahora, cabe la viña en cruz, nuestra aradura
 mesa espléndida nos deparó.

¡Señor! Tú el universo que nos has dado, abarcas;
 Todo, el cielo y la tierra, a este pan se trasmite;
 Al hombre que formaste consume en cambio Tú;
 Y come con tus siervos el vino y pan pascales
 ¡que deseabas con tal magnitud! (14).

Los años venideros y pasados conoces:
 Lo ves todo, aun estando velado e invisible:
 Esa tu Hostia-milagro déjanos hoy mirar
 cara a cara, en tu fiesta, cuando el preste en sus manos
 eleva su fulgor astral.

Como en torno al naciente sol gira toda cosa,
 así este Sol envuelto en sedas, como un niño:
 «¡Dichoso el vientre puro que oculto te llevó!» (15).
 Soy aquel ciego nato que sintió en las tinieblas
 de tu presencia la emoción.

¡Ven, oh Causa invisible, a revisar tu mundo!
 No entre rayos y nubes; bajo de un simple palio
 que portan cuatro fieles, con solemne compás,
 mientras tu paso irradia sobre buenos y malos
 por las calles de la ciudad.

Cuando el iris brilló sobre el suelo anegado,
 a los patriarcas diste rotundo juramento:
 «Yo, entre todos vosotros, por siglos estaré» (16).
 Y ahora, en el Sacramento, renuevas hondamente
 esta entrañable y firme fe.

(14) Luc. XXII.

(15) Luc. XI - 27.

(16) Gen. IX - Math. XXVIII.

El hereje se obstina, con violencias tenaces,
 en disgregar, a golpes de crítica funesta,
 ahondando entre Dios y hombre fatal separación;
 y el mundo, a la deriva, de tu unidad lejano,
 vuelve a la antigua confusión.

Tan alto como vives, y el amor nos arrima.
 La cabeza y los miembros dividirse no pueden.
 Cada ser es distinto según lo amamos más.
 Tú empero a todos llamas, los que en Tí y por Tí somos,
 al eucarístico esponsal.

Tú mismo me aseguras poder comer tu Cuerpo (17).
 Está escrito... No es vano delirio de mi mente:
 ¿Tu palabra infalible cómo no creeré yo?
 Lo has dicho Tú ¡divino inventor responsable
 de esta aparente aberración!

El incienso con henos y flores funde aromas.
 El racimo y la espiga se enlazan en el ara.
 El tiempo nos impulsa para ir aún más allá.
 Señor, es bello el mundo; pero es mejor tu cielo,
 y el Sabio nos dice: ¡Llegad! (18).

Me abruman y confunden tus dones a mí ingrato:
 Que otros digan con quejas que es tu yugo oneroso.
 Yo sólo tus bondades probé, no tu rigor.
 Tu mano entre las mías... Sé que me has redimido
 y reiré el día de la sanción!

Estáte aquí conmigo en la lucha y el riesgo: (19)
 Mira a tu siervo débil a quien falta el valor.
 ¡Oh mi Dueño! Regálame ese tu eterno pan
 que ni los hombres todos, ni el infierno, ni el cielo...
 ¡de mi boca arrancar podrán!

(Preámbulo, traducción y notas de referencia de Andrés SOBEJANO).

(17) Joann. VI.

(18) Sap. - II.

(19) Luc. XXIV.